

DOMINGO XIII DEL TIEMPO ORDINARIO (C)
Homilía del P. Jordi Castanyer, monje de Montserrat
1 de julio de 2007
1Re 19, 16b.19-21; Gal 5, 1.13-18; Lc 9, 51-62

Queridos: ya es habitual que en estos días de inicio del verano todo respira terminación de alguna cosa, tanto si se trata del curso escolar, que afecta a tantas y tantas personas, como de las actividades pastorales o de tantos otros tipos; no influye que también para mucha gente se inicie un periodo de trabajo intenso aunque sea por unos pocos meses: el caso es que estamos al comienzo de las vacaciones, ocasión para dejar de lado, al menos momentáneamente, las preocupaciones inmediatas, las responsabilidades y los problemas de cada día, los compromisos laborales. En una palabra, no es en absoluto ahora el momento de poner en marcha nuevas actividades ni de asumir o planificar nuevos servicios; "ahora, por favor, dejadme tranquilo - podemos oír en boca de más de uno-, ya hablaremos después de vacaciones".

No es mi intención, ahora, aguaros la fiesta, ni es nunca ésta la intención de Dios hacia cada uno de nosotros; todo lo contrario: Dios quiere que seamos profundamente felices y que ayudemos a los otros a serlo; pero me encuentro con que los textos de este domingo nos hablan de llamada, de compromiso, de decisión firme, de iniciar un camino con actitud decidida a imitación de Jesús que se encamina hacia Jerusalén. ¡Debe ser que Dios no hace vacaciones! No cesa de dirigirnos su palabra y de invitarnos a seguirlo. Me veo impulsado, pues, a subrayar y a compartir con vosotros algunos aspectos de esta llamada de Dios a cada uno que me parecen reflejados en las lecturas precisamente de hoy.

Elías, por orden del Señor, llama a Eliseo para que sea su sucesor como profeta, para que hable en nombre de Dios; y lo hace, eso de encomendarle esta misión, con el gesto de echarle encima su manto de profeta; Eliseo, por esta imposición, comprende que se le llama a iniciar una nueva forma de vida. En el evangelio hemos visto que Jesús se encuentra con tres hombres que oyen también la llamada a seguirlo, uno porque Jesús le dice explícitamente: "ven conmigo", los otros dos por medio de insinuaciones también lo bastante claras. Allí, un gesto; aquí, una palabra.

¿De qué manera Dios llama, invita, hoy, ahora, a seguirlo? ¿Cómo habla a los hombres y a las mujeres y a los jóvenes de nuestro tiempo? A veces, ciertamente, la llamada se intuye en la intimidad, en el fondo del corazón, de manera inmaterial pero que nos provoca la certeza inmediata o progresiva de que somos requeridos a un seguimiento, a un compromiso; sin embargo, quizá más a menudo, Dios se vale de circunstancias inesperadas, de gestos y de palabras de las personas con quienes vivimos y con quienes nos encontramos, tanto en el trabajo como en las vacaciones. Sí, nuestra vida, la mía, la tuya, están llenas de hitos, de signos, gestos y palabras, que tenemos que descubrir, que tenemos que interpretar; tenemos que no vivir distraídos. Dios pasa, Dios habla. ¿Recogemos el manto? ¿Escuchamos la palabra?

En aquella conocida parábola de los obreros llamados a trabajar en la viña, el propietario va llamando en momentos diversos a todo tipo de gente que hasta entonces no tenían trabajo; alguien podría pensar que Dios sólo llama gente inactiva o sin quehacer. ¡De ninguna manera! Eliseo no era ningún hombre falto de trabajo; está labrando con doce parejas de bueyes y le espera todavía mucho trabajo; dos de los tres hombres del evangelio de hoy no dan en absoluto la impresión de estar ociosos: tienen asuntos pendientes, como también relaciones humanas y familiares lo bastante importantes que los reclaman ... Jesús, recordémoslo, llama a sus primeros discípulos mientras están los unos preparando la pesca, algún otro en un mostrador de impuestos, otros recogiendo la cosecha. Dios nos viene a buscar en el corazón mismo de la vida concreta, probablemente muy llena de actividades, con éxitos y fracasos; ¡somos gente ajetreada! Nos es tan fácil, nos sentimos tan justificados, poder decir muy tranquilos: no tengo tiempo ... ahora tengo otro trabajo ... quizás mañana ... o la semana o el año que viene ... o cuando me jubile ... pídelo a algún otro, que seguro de que está más libre y menos ajetreado que yo ... Si esperamos a no tener nada que hacer, podéis estar bien seguros de que nunca estaremos disponibles a la llamada de Dios.

Eliseo, para suceder Elías en su misión, lo deja todo, haciendo al mismo tiempo lo que aparece como un sacrificio pero también una comida de despedida con los más próximos. En todo caso, y eso es lo importante, hace un gesto decisivo que lo libera en provecho de los otros. En el evangelio también hemos visto que los tres llamados, todos con responsabilidades bien legítimas, eran invitados a dejar alguna cosa. Sabemos muy bien que, también en el plano humano, en nuestra profesión, en los compromisos asociativos, en los posibles voluntariados, la disponibilidad comporta elecciones y renunciaciones; ante las llamadas que Dios nos hace en medio de nuestra vida más cotidiana sentimos la tentación de responder: Señor, me pides demasiado ... es demasiado difícil ... yo no estoy hecho para este tipo de cosas ... Pablo, en la segunda lectura, nos ha afirmado que somos llamados a la libertad: ¿no habéis notado que los que responden a la llamada de Dios, los que tienen actitudes de disponibilidad y de servicio, los que no tienen miedo de darse y de comprometerse, son libres, rezuman gozo, plenos de felicidad y de paz interior, se sienten aquello que alguien dice realizados? ¿Por qué será? El salmista decía: Señor, nadie como Tú me hace feliz.

El tercer hombre del evangelio responde sí, ya vengo, pero pide un cierto tiempo, pide ir atrás a despedirse y ya volverá; cosa que encontramos natural, claro está. Pero Jesús le dice: nadie que mire atrás cuando ya tiene la mano en el arado es apto para el Reino de Dios. Palabra dura, ciertamente, pero la imagen no puede ser más expresiva; ahora labramos de forma diferente, pero ¿cómo es posible hacer un surco derecho y pegado a los otros si uno mira atrás? Responder a Dios pide una firme determinación; hemos oído precisamente que Jesús resolvió decididamente encaminarse hacia Jerusalén. Retroceder por dejadez, por pereza, por miedo o porque no encontramos los resultados inmediatos que esperábamos es ineficaz y está muy lejos de lo que tiene que hacer al que quiere seguir a Jesús. Perseverar es más difícil que empezar, como la tercera o la cuarta hora de ascensión a una cumbre suelen ser más pesadas que la primera; pero son más bonitas y más fecundas.

¡Os deseo, claro está, unas buenas vacaciones! Pero no olvidemos que Dios se nos acerca cada día; Dios pasa cada día; tanto si trabajamos como si hacemos vacaciones Dios no cesa de dirigirnos su llamada, como ahora mismo que estamos celebrando esta eucaristía. ¡Y la llamada de Dios siempre, siempre, es un regalo!